

LOS SIGNOS DE UN RELATO SIN LIMITE: LAS NUEVAS TECNOLOGIAS DE COMUNICACION*

LUIS FERNANDO BREHM CARSTENSEN**

Vivimos bajo la campana de una tercera ola la tercera etapa de la historia humana en el proceso que busca ofrecer a la persona un mundo más habitable. ¿Más habitable?

Al considerar el renglón del proceso humano en el programa de la vida, se ofrecen al oído las notas por las que cruzó el ser humano en su paso por la tierra, desde que se vio al hombre descender del árbol, hasta la primera ilusión que por un tiempo dio excelentes resultados la era verde, la del ser en la agricultura. Ya Homero vivió en la verdura y comió los frutos de la tierra, debidamente programados de acuerdo con los ciclos del agua y del paisaje.

El hombre fue consciente del amor y del trabajo, de la paternidad y de la fecunda gracia de la tierra húmeda, la vida se vivía y daba para todos en las sociedades primigenias. Pero el hombre creció y pobló cada vez más el planeta; ascendieron poco los gritos de la historia desde bocas que pedían amor y trigo fresco. Las piedras fijaron los deslindes: se desorbitó el uso de la propiedad privada, para privar de propiedad al otro hambriento y se sembraron de miseria los cuerpos sin recursos.

El tiempo secuencial y redondo, siguió comiéndose el presente hasta convertirlo en pasado y luego proyectarlo hacia el futuro.

El tiempo nuevo contempló la repetición de las acciones que se dieron en la era colorida, cuando de los campos brotaban sonrisas y dejaban sonreír al hombre entero.

El tiempo nuevo asistió a la poda parcial de la verdura, atraído por la era maquinaria cuando el hombre extendió su paso grande y produjo la segunda ola en la historia; cargado de láminas y ruedas, construyó la era de la industria y empezó a rodar sobre la virginidad de la tierra. Subió hasta lo más azul del cielo allá sobre las nubes y descendió hasta las profundidades del océano para sacarle sus secretos marineros.

Fusionadas, no perdidas, las dos inmensas olas arrastraron al hombre por la historia para depositarlo en las playas del asfalto, para comer, si es que podía, un poco de chícharos con plomo, mientras miraba asombrado a otros seres como él, flotar por el agua en grandes casas y a otros, también hombres, atravesar el aire; pero el hombre seguiría siendo el hombre.

De verdad que nada se ha perdido y nada alcanza para ponerle carne a tanto hueso humano; se empieza a formar, ya no tan lejos, una gran ola que parece maremoto. Se le llama “tercera ola”, era de la información, para vivirla sentado en un presente sin tiempo.

Atractivo y amenaza, porque a quién no le atrae la transparencia de una ola azul o verde, en donde el pelícano peina las plumas; a quién no le causa sobresalto la fuerza del agua hecha torrente, en donde la vida se sumerge y el hombre ya no saca la cabeza.

El halagador y triste tiempo del servicio está en cenizas y sin saber que el ave fénix sólo alzó el vuelo en el espacio de la liturgia literaria y aún surca los aires mitológicos.

Yo ya no sé, yo sé tan poco. ¿Por qué desde el vientre profundo de la tierra ha salido, como de piedra bruta, un hierro nuevo, que camina, se mueve y tiene aspiraciones de hombre?

Ahora, ya no sé tampoco, por qué se queda quieto ante la niña, sin mojarse la cara o abrir los labios. Sólo me llama la atención su ser curioso, curioso para mí que no sé nada, pero no para él que tiene todo, desde el mismo movimiento controlado, hasta las respuestas más infames.

“Yo no quiero ser como ese ser” -dice la niña, que acaricia la rosa. ¿Y para qué los brazos? Sentado en el presente, se me escurre la vida, se me escapa. El atractivo del saber, saber de siempre, lo tengo al alcance

*Capítulo del libro Signos, comunicación, literatura, en prensa en editorial PREMIA.

**Doctor en Letras, Universidad Iberoamericana, Unidad León; y Centro Dominicano de Estudios Universitarios.

de la mano; ¿cómo apretar botones, si estoy en el instante ya sin abrazos?

El teléfono lo tengo aquí a la izquierda, reposando de lado a la pantalla. Me da miedo mirar, mirar de frente, porque sólo con mirarlo se descuelga, porque sólo sin deseirlo está la imagen, y la voz, y el saber que yo no quiero, y lo tengo que ver o estar a ciegas. Hacia dónde correr si ya no hay campo, y cómo platicar con las ardillas, si ahora habitan en el vientre de la tierra por debajo de elevadores subterráneos.

¿Y el amor? El amor no está contento, encerrado en las habitaciones de lo abstracto, porque ya no existen dos seres que se junten, nada más porque sí, porque ambos quieren, por el gusto de ser necesitado, por el gozo de necesitar a otro en la vida, para darle al amor un ser concreto que se llame Ismene, Hemón o Antígona.

Y el hombre sigue siendo el hombre. Después de salpicarle sus despojos de agua, las olas lo sumieron en los sueños que al despertar se hicieron realidades.

El hombre miró hacia atrás y hacia adelante con los ojos puestos en los tubos y apareció de pronto leyendo los discursos de otros hombres. Empezó a enterarse por las letras, de los hechos pasados por la historia, a producir el mismo libro multiplicado por la imprenta y a escribir para que muchos otros leyeran sus hallazgos.

Ya no eran pocos los que preguntaban por la vida, por la salida de la noche, por cómo difundir al otro sus encuentros, a través del taller de las palabras.

Pero también saltó a la vida con más furia, el ejercicio del poder que todo abrasa. El hombre “nuevo” supo más a cada instante y dominó al que sólo se quedó con el saber antiguo. El agua separó cada vez más a isla-todo de isla-nada. Los gestos que nacieron del espacio se encendieron en la cara del hambriento; las manos se tensaron al unísono y levantaron las revueltas de los pueblos en la historia.

El ingenio del hombre siguió andando hasta llegar al siglo XIX, a pesar de los rostros sin medida, cuando crecieron los ojos asombrados al mirar las invenciones del ser que es en el tiempo: un ser que también parecía humano.

Creció la rapidez de la palabra hablada y acercó las casas habitadas por el silencio de la lejanía.

El día y la noche fincaron el diálogo de la palabra que se escucha aquí con la palabra que se emite allá, a pesar de tanto campo y agua recorrida.

Desde el descubrimiento de las líneas cargadas de palabras trapecistas, el hombre penetró en el siglo XX; caminando sin ayuda del alambre. Transmitió desde ese objeto novedoso una por una casi todas sus palabras, que cubrían el semblante reflexivo, que acariñaban el dolor y el pasajero gozo.

Con la presencia radiotelegráfica, el ser humano cargó el cañón de sus inventos y produjo el tubo de electrones. Con el calor físico y humano, se dispararon proyectiles vírgenes para diseminar la voz y la armonía, para que el hombre la escuchara quieto sin necesidad de que arriesgara la palabra. La única posible participación se hallaba en la recepción de los mensajes. Por la radio, el dueño de la información subió un escalón más y empezó a dar de comer fonemas rotos al ser audio pasivo.

Después de arrojar los bulbos al vacío, el hombre estableció las reglas del juego transistorizado; la electrónica salió al escenario de la vida, para representar, alimentado por el jugo de sangre de la guerra, el inmenso papel del desarrollo de la ciencia primero la fabricación de un cero, el más grande hasta entonces, que aplastó los números, las letras, la alegría. La nada floreció por todo el campo, la ciudad y el agua. Las promesas de los amorosos labios, se quedaron balbuceando su futuro. El sueño de los niños de la fuente se ahogó con el humo horizontal y vertical y avasallante. Las piedras amanecieron acostadas sobre el polvo y cubiertas con sábanas de arena. Se firmó la débil paz entre los hombres, parados en los escombros del pasado y rodeados de bombas de jabón sobre el interminable mar de la tristeza.

El poder informativo seguía erigiendo monumentos, efigies, destrucciones. En lugar de ponerle un hasta aquí a la ciencia con ladrillos de amor y de deseo, con mezcla de paz y libertad, se siguió jugando a los inventos hasta construir un ser ingente que operaba las cifras matemáticas, para registrar con rapidez todos los datos y adelantarse a la previsión del ser humano.

A partir de la invención atómica y del primer computador sobre la tierra, se cambiaron los signos más y menos como un recurso para viajar al infinito. La digitalización que combinó las ruedas con las barras, perfiló el soñar del hombre hasta el espacio más allá de este planeta, para ponerlo a caminar sobre la luna, aquella en que pensara cuando niño, aquella que cobijara a los amantes nuevos, con la luz y con el beso tan redondo, con la sonrisa abierta y amarilla, para esperar el nuevo día y retornar siempre hacia el amor primero.

Enviados verticales y potentes aguardan en habitaciones subterráneas ser lanzados por la voz de la inconsciencia a cumplir la misión por la que existen. Cargados de gases y bacterias son más perfectos que aquel cero que destruyó las ilusiones del hombre con el hombre y por el hombre; porque ahora el nuevo enviado de la mala nueva, dejará todo de pie menos al hombre.

Lo importante para algunos seres es que el objeto siga ahí, sin ser tocado. Aunque ya no se vea por el planeta a la persona que contemple su creación, que ore en el templo o que sienta la intimidad de una casa bien formada, para comer del guiso de sus manos, y platicar sobre el tapete y trascender la vida.

Al pasar con sus pasos por la luna reconoció el hombre el poder informativo y trató de reordenar todo el sistema. Bajó hacia las profundidades de la era mitológica y comprendió que desde arriba se ve mejor el todo. El hombre se sintió Zeus robando a Europa, la princesa fenicia de la historia, al montar sobre el toro blanco y divino para cruzar todas las olas y llegar al corazón de Creta. Ahora pretende cargar sobre los hombros a un continente y a otro y a otro. . . , seducir a una de las culturas más viejas de la tierra que ahora viste la tristeza neoindividualista. Europa, que le ha dado alas a su nombre, es también el tercer satélite de Júpiter y una parcela propicia para calar armas.

En la campana de una ola seductora, en el punto más alto en las alturas, se ha puesto, como fuego de artificio, el ser moderno tecnológico, para decirnos todas las respuestas, para observar y descubrirnos la cultura, para enseñarnos a divinizar la técnica inmediata.

Rodea las sienas de la tierra una corona, como premio a la ciencia del presente, similar a la corona de laurel que llevaban los atletas en la antigua Grecia; es una corona singular y omnipresente que transforma el orden natural, que tiene ojos, escucha, procesa y reproduce, con incrustaciones de satélites uno junto a otro, que genera los temores de la guerra.

Atracción y amenaza ambivalencia de las nuevas tecnologías de comunicación, que fusionan todo en torno a un monitor que extiende sus tentáculos sobre la vida, como un animal de múltiples cabezas.

Con un televisor frente a los ojos, vieja caja de madera y con cristal, fabricado ya hace medio siglo, el hombre aparece con contornos de colores, con la tez y el vestido coloreados, con la voz que sube y baja, con la mímica y los objetos que se mueven. Marlon Brando y Marylin Monroe están en la pantalla a la hora que los llamo. Charles Chaplin, Olivia Newton John. . . también acuden cuando solicito su presencia. Puedo jugar a la guerra en el espacio y sin peligro de morir en ella; le descubro la salida al laberinto y la imaginación le juega al sexo una partida de amor sin límites, sin la carne y las caricias, bajo las sábanas de una soledad interminable.

La magia de la televisión ya no es la magia; sin cruzar el umbral hacia el jardín puedo hacer que la despensa engorde y el auto siempre rueda sobre cuatro ruedas. Desde la mesa de trabajo le pago al banco los cuentos de la vida y le hablo al hombre que está más allá del mar y en la montaña ¿Para que acordar con él cuándo nos vemos, si nos podemos ver todos los días y sin el riesgo de tocarnos? Y si quiero crecer, crecer sabiendo, le puedo preguntar a la pantalla y aun antes de cerrar la boca obtengo todas las respuestas racionales.

Con mi microcomputador y con un microcerebro, tejo con hilos de plata de la luna, aprendo lo que quiero y lo consumo, le represencio a mis ojos el pasado el juego de futbol o la penúltima matanza de la historia.

Ahora puedo llevarme la oficina a casa y trabajar sin ningún ruido, bajo el minucioso control del aparato que me observa; que le muestra a mi jefe mis acciones; lo entera de mi sed y de mis sueños; del deseo de comer y del amor que falta; del dolor de las entrañas y del silencio perturbado.

¿Qué me puede ya importar algo de la otredad que vive en frente? ¿Qué le puedo platicar a mi vecino, si

todo lo que veo él ya lo ha visto? ¿A quién le interesa mi saber, si todos al unísono lo saben?

Como para conmemorar las fiestas patrias marchamos todos en hilera, uniformados, aunque aparezcamos desiguales y desnudos. Esta nueva homogeneidad que se fabrica, con un cúmulo de información pasterizada, procurará crear, y lo está haciendo, a un solo hombre, a imagen y semejanza de la técnica, del diseño desde ayer preconcebido, que nos permite pasar a diario por la ración de datos bien colada, para que pueda ser bien digerida y no le haga daño al organismo; para que nuestra digestión sea cada vez más sana, según la sanidad que han acuñado los seres autodivinizados que dirigen esta gran aldea en que vivimos.

La oficialidad que nos gobierna y guía los pasos, en espera de las fiestas del recuerdo, ha mandado construir grandes altares para que el pueblo inciense a los héroes del pasado: Huxley, Wells, Verne, Orwell... , sin calcular, con toda su tecnología, que la emisión de la literatura soñó el futuro literariamente.

Si a la generación del noventa y ocho le dolió el hombre, ¿qué más nos puede doler después de un siglo? ¿Por qué asombrarnos de la tecnología? ¿Por qué amenazarla de sus amenazas? La creación literaria y todo el arte, se ha asombrado de la capacidad que tiene el hombre, no sólo para descubrir la vida, sino también para acabarla. Toda la tecnología que nos extraña y amenaza, nos puede gestar el nuevo gozo o sumirnos en la abulia sin retorno. Si el hombre es el lobo del hombre, ¿por qué impresionarnos de sus descubrimientos y del uso que les da? Si al hombre solamente lo puede amar el hombre, ¿por qué' no facilitarle sus inventos? El final del camino está anunciado desde Toynbee: el poder en manos de unos pocos, la gran mayoría sin pan para la boca. El tiempo libre lejos de la dedicación de Schiller.

Una nueva cultura está en la puerta, con la misión de responder a todos los problemas. La ilusión es un espejo quebrado. La era de la información dejará al hombre con las manos secas o estará telematizado; sin arte, sin historia, sin filosofía personal.

Una ola aprovechada trae la vida; un maremoto siembra el yermo. ¿Tiene la ciencia un límite?, o ¿hay que dejarla que camine a solas? El límite de la ciencia es evidentemente el hombre.